

UN impresionante plantel de técnicos, intelectuales, cerebros grises y empresarios han configurado personalmente la Primera Conferencia Anual de la European Foundation for Management Development, celebrada en Barcelona. Sobre las conferencias planeaba el ángel negro del ya famoso Informe del Club de Roma y el espectro ideológico del neomalthusianismo. La Conferencia mantuvo un cirio encendido a Sizzo Mansholt y otro a la Tecnología, y aunque uno de los representantes españoles, el jesuita García Nieto, intentará ponerle un cirio a la clase obrera, finalmente los empresarios se llevaron casi todos los cirios y manifestaron su decidido propósito de que el Estado les «dejará hacer» y les «dejará pasar». En fin, que las cosas están como estaban, pero las palabras tal vez no.

En lo que se refiere a la comunicación oral, la Conferencia ha servido para que se debatiera el tema del desarrollo tecnológico en relación con el avance social. Por una parte opinaron los cerebros grises, como Christopher Layton, jefe del gabinete de mister Spinelli, Comisión de la Comunidad Económica Europea. Layton se presentó bien barbado y con ese cuidadoso descuido que sólo le sienta bien a un intelectual anglosajón. Su presencia en Barcelona tuvo casi un mayor interés por sus declaraciones a la prensa que por su participación directa en la Conferencia. Su cargo habitual le sitúa en una privilegiada situación para opinar sobre asuntos europeos, y mientras no se demuestre lo contrario, el ingreso o no de España en el Mercado Común es un asunto más europeo que africano, o ambiguamente intercontinental. A este respecto, Layton, uno de los hombres mejor enterados de estas cosas, fue tajante: Los principales impedimentos para el ingreso de España son políticos, como en el caso de Portugal o Grecia. Y a uno le dio un sobresalto el corazón, porque a esta margarita no se le acaban nunca las hojas, y entre lo político y lo económico aún no sabemos los indígenas qué va a ser de nosotros.

## Elevadas miras

Al margen de este escabroso tema tangencial, la Conferencia tuvo un indudable interés especulativo. ¿Puede haber desarrollo tecnológico y avance social indefinidamente? ¿Es cierto que hemos llegado al techo del desarrollo? ¿Pasaremos de una economía de producción a una auténtica economía de consumo? ¿Qué quiere decir control de la tecnología y el desarrollo cuando tres cuartas partes de la Humanidad no tienen ni lo uno ni lo otro? ¿La catástrofe vendrá por una parálisis de la relación neocapitalista desarrollo-avance social o porque al Tercer Mundo se le hinchen las narices de pagar las facturas del desarrollo imperial del



La Conferencia de la European Foundation for Management Development mantuvo un cirio encendido a Sizzo Mansholt y otro a la Tecnología.

## BARCELONA

# ENTRE LA TECNOLOGIA Y LA CATASTROFE

«Primero, el estómago, y luego, la moral».

Bertolt Brecht

neocapitalismo? ¿La futurología catastrófica se basa en un presente ya catastrófico e insustituible o desde el sistema se es consciente de que la catástrofe se evitaría si el sistema se fuera por donde ha venido? ¿Podrá el Estado acudir a las hipotecas del poder económico y meterle en cintura para que se ajuste a un planificado desarrollo? ¿Seguirá siendo su función primordial evitar que la clase obrera se plantease hasta qué punto el avance social es una concesión que se le hace para que garantice el desarrollo de una economía de producción?

Casi todas estas cuestiones se formularon y además se legisló la necesidad de una nueva moral y un nuevo templo en el seno de la sociedad neocapitalista. Aranguren fue en este aspecto el más claro: «Para resolver el problema, la tecnología se ha presentado como una solución total: es la solución de la tecnocracia... para ella la libertad no es más que una falta de control. Es el reino de la tecnología reduccionista, de la tecnocracia que sustituye a los valores morales... Se impone relativizar la tecnología: la tecnología no es un fin, sino un medio... Se hace necesaria la comunicación entre la tecnología y la nueva moral, lo que implica la creación de un lenguaje comprensible hoy, que asegure esta comunicación... hay que volver a situar la tecnología en la relación trascendente de la vida».

El doctor King, director general de Asuntos Científicos de la OCDE, miembro del famoso Club de Roma y colaborador en el proyecto «Europa 2000», desarrolló el tema de las condiciones de vida y se refirió, cómo no, al «slogan» que ha popularizado Sizzo Mansholt, de que hay que mejorar «la calidad de vida». El tema ya fue tratado por

Pablo Berben (TRIUNFO, núm. 494), pero escuchemos a mister King: «Con la ayuda de Dios y de la Naturaleza, el mundo superará la crisis actual... es una crisis de desarrollo tecnológico y económico...; se ha llegado a un techo, y además la presión demográfica es insostenible...; hay que controlar nacimientos cueste lo que cueste, y además integrar la tecnología y la industria dentro de la sociedad...; Gobiernos estables... estudiantes preparados no para los problemas de hoy, sino para los de mañana...; un problema principal es la integración nivelada de la tecnología humana, social, cultural y los valores económicos...; la revolución científico-técnica no lo es todo...; los Gobiernos deben saberlo y controlarla». Mister King no resolvió el enigma fundamental de qué Gobierno y para qué gobierna ese Gobierno. O tal vez partía del apriorismo tecnológico y tecnocrático de un Gobierno tecnológico de tecnócratas.

## Las evidencias asumidas

Por lo demás, nos movimos en el reino de las evidencias asumidas. Es evidente de que hay un desequilibrio internacional y que ese desequilibrio internacional puede repercutir en la agudización de la crisis. Para evitarlo, las potencias industriales deben crear planes a la larga que impliquen la mejora del papel de víctimas de la tecnología, la economía y la política, que están desempeñando, tan brillantemente, los países subdesarrollados. Unos, como lord Bowden, ex ministro de Wilson, se dedicaron a analizar el papel de la educación en una racionalización de las riquezas y avances de los pueblos. «Las especulaciones de las Universidades —dijo lord Bowden— destruyeron la hegemonía de la Iglesia. Lo mismo harán con la hegemonía de la industria en Occidente». La aristocracia inglesa apuesta fuerte por la revolución científico-técnica. Conciban

esperanzas los profesores no numerarios españoles, porque las puertas de la iglesia industrial se hundirán a poco que extremen la puntería en el lanzamiento de libros especulativos y de planes racionalizadores.

El jesuita español García Nieto, uno de los mejores especialistas en sindicalismo, con el que contamos, intentó poner freno a tanta beneficencia científico-técnica y preguntó, más o menos: «¿Y la clase obrera, qué?». La ponencia de García Nieto no conoció los honores de la difusión oral y tuvo que conocerse por escrito. Decía, entre otras cosas: «El conflicto real no se da en relación a la tecnología, sino en relación al control y propiedad de los medios de producción que utilizan dicha tecnología... las relaciones industriales tratan de que se mantenga un "status" de explotación de la clase obrera, en el que colaboran el poder político, el poder económico y la tecnología, al servicio de uno y otro...; cuando surgen los conflictos industriales, generalmente son limitados o reprimidos a través del liderazgo político... la respuesta de las organizaciones obreras frente a las innovaciones tecnológicas y al avance social será la aparición de nuevas estrategias frente a corporaciones multinacionales (en lo político y lo económico) y tratar de hacerse oír en la planificación industrial y económica, tanto a nivel nacional como internacional».

Finalmente, los empresarios dijeron que lo más preocupante no era que el final del mundo pudiera llegar en torno al año 2000, sino la progresiva injerencia del poder político en sus asuntos. Se mostraron como unos auténticos desagraviados, que no han comprendido que el poder político les ha sacado difíciles castañas de un difícil fuego. «Los empresarios debemos asumir nuestras propias responsabilidades», ahora bien, como señaló mister Johannes Meynen, antiguo ministro de Defensa de Holanda: «... frente a los trabajadores deben justificarse y explicarse cada una de las decisiones relativas a la marcha de la empresa».

Evidencias asumidas: el capitalismo padece una crisis de crecimiento, el estatuto actual entre clases sociales y naciones imperialistas y naciones colonizadas es una evidencia inalterable, que sólo puede corregirse por la vía de la ideología del entendimiento, la beneficencia y el mutuo acuerdo. Sólo en un nuevo equilibrio, entre estas evidencias descansa la garantía de que no se produzca la catástrofe, un equilibrio planificado en laboratorios técnicos, pero con alto sentido de la responsabilidad moral... ¿El Estado? ¿El poder político? ¿El económico? ¿La clase obrera? ¿El imperialismo?

No hablemos en chino, por favor. Tecnología, moral y libertad: esta es la cuestión. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.